

CAPÍTULO II

LA DIPLOMACIA

La diplomacia es la intermediaria de las relaciones internacionales. En la antigüedad no existía, porque eran raras y accidentales las relaciones de los pueblos. A partir de la edad moderna, las comunicaciones se multiplican visiblemente; y de ahí la necesidad de que los Estados tengan agentes oficiales que los representen en el extranjero; de ahí también una ciencia nueva que se ocupa de las relaciones entre los pueblos, como la moral y el derecho se han ocupado en todo tiempo de las relaciones entre los individuos. Nuestro objeto no es entrar en los detalles de la diplomacia; no podemos detenernos más que en las cuestiones capitales, y entre ellas ninguna más grave que la del principio que sirve de base al derecho internacional. La ciencia moderna está unánime en asegurar que no hay dos morales ni dos principios jurídicos; la moral y el derecho de las naciones no podrían ser distintos del derecho y de la moral de los individuos. Y, en efecto, entre los individuos y los pueblos existe identidad fundamental; y así como la misión del hombre, y, por consecuencia, sus derechos y sus deberes son los mismos por todas par-

tes, es también esa misión la de los hombres considerados colectivamente, la de la humanidad y la de todos los pueblos. No puede haber diferencia en cuanto al principio de la moral y del derecho entre los hombres considerados como individuos y los hombres reunidos en sociedad. Las relaciones, y, por consiguiente, las reglas jurídicas que los gobiernan, pueden ser diferentes; pero el principio, la ley general es la misma, es la ley de lo justo y de los deberes que de ella se derivan. La idea que la ciencia se forma hoy de la diplomacia no es la que corre en la opinión; ésta confunde la diplomacia con el maquiavelismo, y no ve en ella más que el arte de engañar. Un escritor ilustre, el abate Lamennais, se ha hecho órgano de esa preocupación tradicional: "La diplomacia es el sacerdocio del interés; lleva dos principales objetos, procurar el bien propio y el mal ajeno. Una nación, por ejemplo, arruina á otra; en ello no encuentra provecho alguno, pero siempre adquiere una superioridad relativa de riqueza, y, por consiguiente, de poder. La diplomacia, debe, pues, estar exenta de los escrúpulos, del deber; sus funciones se reducen á

una sola, á engañar. Que calle ó que hable, que afirme ó que niegue, que grite, insinúe ó aconseje, no lleva otro fin. Sus discursos, su silencio, su figura, su gesto, sus halagos y sus cóleras, todo en ella es mentira," (1).

Estas palabras de Lamennais son la sátira de la diplomacia; y para ser justos, hay que añadir que ese retrato ha sido, y aún es alguna vez todavía, la expresión exacta de la realidad. Sí, diplomacia y maquiavelismo han sido sinónimos, y bien se la puede definir sin injusticia ciencia del interés y del engaño. ¿Quiere esto decir que sea esencialmente un cálculo de astucia y de embuste? ¿Quiere decir que Maquiavelo debe ser anatematizado como inventor de ese arte de engañar? Sucede con la diplomacia como con toda manifestación del espíritu humano: parte del error para llegar progresivamente á la verdad, hasta donde es posible conocerla. Tomar la imperfección humana en tal época de la historia para increparla, y decir que la humanidad será siempre víctima de los bribones que la explotan, es una extraña aberración; eso puede ser excelente como sátira, pero es falso bajo el punto de vista de la filosofía de la historia. Trataremos de hacer justicia á la diplomacia y á Maquiavelo, sin pasar por sacerdotes de la mentira.

La primera necesidad de los pueblos, como de los individuos, es su conservación, la cual constituye un derecho y un deber á la vez. En la infancia de la humanidad, la existencia de las naciones está amenazada sin cesar por la guerra. De ahí la oposición hostil á todos los que no pertenecen á la ciudad; todo extranjero es enemigo. Si el extranjero es un enemigo, se puede y se debe combatirle por todos los medios, porque se trata de la salvación de la patria, y esa salvación es la ley suprema. En tales tiempos no se dice que el extranjero es hombre y que hay que respetarle como tal; en primer lugar la unidad humana es ignorada; y aún después que comienza á ser conocida, el interés se sobrepone al deber, porque confundiendo aquél con la existencia, toma la forma del primero de los deberes. Y hé ahí cómo acontece que el interés domine en las relaciones internacionales. Esa doctrina ha sido la de toda la antigüedad, y reina todavía en nuestros días.

¿Por qué razón, una vez reconocida la idea de

lo justo entre los individuos, no se extiende á las relaciones entre los pueblos? Porque el individuo, desde el momento que se despierta su conciencia, comprende que está ligada á sus semejantes por el lazo del derecho y del deber. Pero entre las naciones, el despertar de la conciencia llega mucho más tarde; tienen que pasar siglos para que adquieran el sentimiento de su individualidad y de su responsabilidad, y es necesario que pasen otros muchos para que ese sentimiento llegue á traducirse en hechos. Y es que las naciones están representadas por órganos que tienen sus intereses particulares, los cuales están casi siempre en oposición con las exigencias del deber. La monarquía es un poder esencialmente egoísta; los reyes se guían siempre por su interés, jamás por la justicia; y dada su ambición, la causa de las naciones aparece confundida con la de sus jefes, en lo cual, si alguna vez gana la gloria, pierde siempre el deber.

Es esa mala organización de los pueblos la que impide que la idea del deber penetre en las relaciones internacionales. Considerándose las naciones como solidarias de sus príncipes, adoptan su política interesada, y entonces se forma la falsa noción de la diplomacia, que mira la "ruina y perdición de un estado como conservación y acrecentamiento de los otros," (1). Bajo el imperio de ese error se vicia la conciencia pública, y las relaciones internacionales no se encaminan al desarrollo armónico de la humanidad; antes al contrario, cada nación es enemiga de las otras, á las que hay que tratar como tales y dañarlas por todos los medios posibles. Tal era la política reinante cuando Maquiavelo escribió su libro del *Príncipe*. La posteridad ha infamado su nombre al propio tiempo que practicaba su doctrina; no se ha comprendido que el maquiavelismo no era la invención de un hombre, sino el sentimiento de todo el género humano en los tiempos pasados y hasta en los presentes; maldecir á Maquiavelo sería maldecir de la imperfección humana (a). Pero si el hombre es imper-

(1) Son las palabras mismas de un escritor del siglo XVI, CASTELNAU, *Memorias* (PETITOT, t. XXXIII, p. 85).

(a) Atribuir el libro del *Príncipe* á la pobre antigüedad y aún á la humanidad entera nos parece un poco fuerte. No: la doctrina de Maquiavelo no es la doctrina de los antiguos ni de los modernos; es el procedimiento de todos los déspotas, formulado en doctrina; es la astucia, el fraude, la inmoralidad y la hipocresía, puestas al servicio de los ambiciosos afortunados y amaestrados por el cinismo y la audacia del crimen triunfante. Si aquel libro no se hubiese escrito para hacer aborrecibles á los déspotas, sería un libro abominable. En nuestro sentir, le

(1) LAMENNAIS, *Amshaspands et Darvands*, p. 283.

fecto, también es perfectible, y dígase lo que se quiera, el progreso se verifica así en la política como en la moral privada. Lo que hay que hacer es no limitarse á increpar el maquiavelismo, sino examinar por qué se sostiene, aunque estigmatizada, esa funesta doctrina. La razón principal se encuentra en la preponderancia del interés de los pueblos. Maquiavelo escribió para ellos su libro, y no le hubiera escrito para las naciones. Que los pueblos se organicen de modo que la voluntad general sea fielmente representada, y el maquiavelismo dejará entonces de deshonrar las relaciones internacionales; el deber ocupará la plaza del interés, en cuanto sean entidades jurídicas y responsables las que tengan que entenderse y tratar. Llegará una época en que ya no se comprenda que ha habido una moral para las naciones y otra para los individuos, porque serán éstos los que, formando la nación, decidirán de lo que es justo entre los pueblos, como de lo que es justo entre los individuos.

SECCION I.^a

EL MAQUIAVELISMO.

§ I.—Los hechos.

I.

Hemos dicho que la doctrina de Maquiavelo es la expresión de las preocupaciones y de los errores que reinan desde la más remota antigüedad acerca de las relaciones entre los pueblos, lo cual no es una excusa particular del autor del *Príncipe*, cuya teoría está casi siempre dominada por los hechos. Sucede eso con todos los sistemas políticos. Cuando los escritores quieren elevarse por cima de la realidad, se pierden en la región de la utopía, y no ejercen influencia, sobre sus contemporáneos á lo ménos. Los que se limitan á dirigir á los hombres se mantienen en el terreno de la realidad, pero tropiezan con otro escollo, y es que, á fuerza de vivir dentro de los hechos, los erigen en derecho. Los dos grandes filósofos de la Grecia son los representan-

disciplina la intención, pero no el que el mundo viniera sometido por fuerza ó por hábito, y por depravación del sentido moral, á semejantes procedimientos, aun cuando el aconsejar á los príncipes que los siguieran arguye poco en favor de la moralidad de Maquiavelo.—(N. del T.)

tes de esas contrarias tendencias. Platon vive en un mundo ideal; y con el nombre de *República* escribe una utopía falsa é irrealizable hasta cierto punto, pero llena de altas aspiraciones. Aristóteles vive en el mundo real; estudia las constituciones políticas que ha podido haber á las manos, y después se pone á escribir la teoría. Y ¿qué le sucede? Que hallando la esclavitud establecida en todas partes, no se contenta con aceptarla, sino que la justifica. Maquiavelo es de la escuela de Aristóteles; es, como éste, el hombre de la realidad, y, como éste, erige el hecho en doctrina. Si no se ha anatematizado á Aristóteles por haber escrito la justificación de la mayor de las iniquidades sociales, ¿por qué anatematizar á Maquiavelo, siendo así que su única culpa fué la de reflejar en sus escritos la política dominante?

Lo que ha dañado la reputación de Maquiavelo son las ilusiones formadas respecto al cristianismo y á la caballería. Se ha imaginado que hubo en la Edad Media una política cristiana de la cual eran órganos los papas; y ¿qué podía ser esa política sino la expresión de la moral pura del Evangelio? Se ha imaginado también que la caballería había introducido en las relaciones del feudalismo todo cuanto en ella hay de nobles y delicados sentimientos, y también al cristianismo se le ha otorgado el honor de esos sentimientos. Después se ha supuesto que Maquiavelo había reemplazado el ideal cristiano con la vil doctrina del interés. En esas ilusiones hay tantos errores como palabras. Es exagerar singularmente la influencia de una religión cuyo fundador decía que su reino no era de este mundo, y que era necesario abandonar la tierra y sus intereses al César, para no preocuparse más que del cielo y de la salud de las almas (a).

(a) Este es el *Delenda Carthago* de LAURENT, la base de toda su argumentación para negar al cristianismo la bienhechora influencia que incontestablemente ha ejercido en el mundo, y atribuirselo á los Germanos. Edgar Quinet, cuya autoridad no recusará ciertamente Laurent, ha demostrado de una manera irrefutable que aquello no es verdad: que la doctrina de Cristo no se predicó para el mundo *ultratumbam*, sino para éste. «Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos,» contestó Cristo á los doctores que querían embarazarle con lo que sucedería en el otro mundo. El otro mundo para Cristo era el reinado de Dios y su justicia sobre la tierra. «Amad esta justicia, decía otra vez á sus discípulos; lo demás se os dará por añadidura. Dad culto á la caridad y la justicia; lo demás ya vendrá.» Laurent, con su optimismo semifatalista, hace la misma aserción en este punto que Schopenhauer para fundar su sistema pesimista. No: la doctrina de Cristo rebosa de vida: ella misma es vida y salud, no es muerte ni preparación para la muerte; es humanidad y porvenir, no es lamentación ni *Dies iræ*. En esto creemos que se equivoca grandemente Laurent.—(N. del T.)

Ya hemos visto al papado en acción, y hemos hecho constar que su influencia directa sobre la política fué casi nula. Cuando obra por su cuenta, se diría que es la encarnación de la antigua Roma; la santa sede, como el senado romano, no retrocedía ante la violencia ni ante la perfidia. Papas hubo que hubiesen sido dignos discípulos de Maquiavelo; y, por mejor decir, ellos fueron sus maestros; ¿no confiesa él mismo que, gracias á la vecindad de la corte romana, se encuentran los italianos sin fe y sin ley? (1). En cuanto á la caballería, los romances se han tomado por realidad. ¿Se quiere una prueba irrefragable de que ni la caballería ni el cristianismo produjeron una doctrina internacional digna del Evangelio y de lo que se llama espíritu caballeresco? Que se consulte la historia de los tiempos que separan la Edad Media de la moderna. Aquella es una sociedad que se ha educado por el cristianismo y que se halla bajo la tutela de la Iglesia; veamos si el discípulo hace honor al maestro.

El siglo XIV cuenta entre sus héroes personajes cuyas hazañas celebran las crónicas y los romances: los Boucicault y los Duguesclin pasan por ser las flores de la caballería; y, sin embargo, esos ilustres caballeros miraban como una inocentada la lealtad y la fe en los juramentos; al ménos se conducían como si tal fuese su doctrina, puesto que se les vió invocar la generosidad de sus adversarios para tenderles un lazo y hacerles perecer (2). Los príncipes, en el siglo XV, fueron los dignos sucesores de aquellos héroes; oigamos á un historiador que se ha complacido en describir las costumbres de aquel tiempo conforme á las noticias de los cronistas: «Los príncipes, dice Barante, habían perdido todo aprecio al honor y á la virtud y todo horror al vicio y á la deslealtad; sólo pensaban en destruirse unos á otros por la guerra y la violencia ó por medio del puñal y del veneno; habían olvidado las leyes de Dios, ó creían que no estaban hechas para ellos,» (3). La religión no servía más que para engañar á los que eran harto simples para creer que ella era un freno. En vano trataban los mismos príncipes de ligarse por medio de los más terribles juramentos; en vano juraban sobre

los Santos Evangelios, sobre el santo cánon de la misa, sobre la verdadera y preciosa cruz de Jesucristo, Evangelios, cánon y cruz que tocaban con sus manos (1); sus juramentos se los llevaba el aire. Hay más: el asesinato fué erigido en doctrina; y ¿por quién? Por gentes de Iglesia. Y ¿en qué autoridad fundaban la violación de toda idea moral? En los ejemplos de la Sagrada Escritura. Y el asesinato, que predicaban como una acción santa, lo ejecutaban con toda la perfidia y cobardía imaginables. Proclamaban á toda hora y con los libros santos en la mano que la muerte más conveniente para los tiranos era la que se ejecutaba por medio de las emboscadas y de la traición (2).

II.

Transportémonos ahora á la sociedad en que vivió Maquiavelo. Si el catolicismo hubiese tenido una política internacional, en Italia más que en ninguna otra parte se hubiera manifestado. Las relaciones eran allí más activas, más avanzada la civilización, y los jefes de la Iglesia intervenían en todas las guerras que desgarraban la Península. ¿Quién no esperaría ver á los papas dando el ejemplo de probidad pública, de respeto al derecho y de sumisión á la ley del deber? Es, sin embargo, el espectáculo contrario el que se ofrece á la vista admirada del historiador. El mismo Maquiavelo hace la observación: «Si los Italianos están corrompidos y son perversos, á la Iglesia se lo deben.» En vano se dirá que es un enemigo el que habla; allí están los hechos para atestiguar «que el envenenamiento, el asesinato, junto con la superstición, caracterizan á los pueblos de Italia... Hábiles malvados, ateísmo y devociones, traiciones y crímenes,» hé ahí lo que se encuentra á cada paso en un pueblo sometido á la influencia directa de la Iglesia (3). Recordemos algunos rasgos de aquellos tristes tiempos, y verémos á la religión mezclándose en los más negros crímenes, no para detener la mano de los culpables, sino para asegurar el golpe.

Galeas Sforzia, duque de Milan, fué asesinado en la catedral el día de San Estéban; y los asesinos

(1) Véase la parte sexta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(2) SISMONDI, *Hist. de los Franceses*, t. VI, p. 239.

(3) DE BARANTE, *Hist. de los duques de Borgoña*, t. VII, p. 177.

(1) DE BARANTE, *Hist. de los duques de Borgoña*, t. IX, p. 19.

(2) *Justificación del duque de Borgoña*, por el franciscano JEAN PETIT, en DE BARANTE, t. II, p. 186.

(3) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. CV.